



XXIII

LA JUVENTUD NO VUELVE

Un año después de la muerte de Mimi, Rodolfo y Marcelo, que no se habían separado nunca, inauguraban con una fiesta su ingreso en el mundo oficial. Marcelo, que pudo penetrar por fin en el Salón, había expuesto dos cuadros, uno de los cuales fué comprado por un rico inglés que había sido por algún tiempo amante de Musette. Con el producto de aquella venta y el de un encargo del gobierno, Marcelo liquidó en parte las deudas de su pasado. Había amueblado á sus expensas un piso decoroso, y tenía un taller puesto con mucha seriedad. Casi al propio tiempo, Schaunard y Rodolfo se daban á conocer al público, que es quien da fama y fortuna, el uno con un álbum de melodías que se cantaron en todos los conciertos, y que fué la base de su reputación; y el otro con un libro que ocupó á la crítica durante un mes. En cuanto á Barbemuche hacía tiempo que había renunciado

á la bohemia; y Gustavo Colline había heredado, contrayendo luego un ventajoso matrimonio, que le permitía dar veladas de música y pasteles.

Una noche, Rodolfo, sentado en *su* sillón, con los pies en *su* alfombra, vió entrar á Marcelo que mostraba cierta agitación.

—¿No sabes lo que me acaba de pasar?—dijo.

—No—respondió el poeta.—Sólo sé que ayer estuve en tu casa, que estabas en ella, y que no me quisiste abrir.

—Sí, ya te ví. Adivina con quién estaba...

—¿Qué sé yo?

—Con Musette, que ayer noche se presentó en mi casa como llovida del cielo.

—¡Musette! ¿Has vuelto á ver á Musette?—exclamó Rodolfo con acento pesaroso.

—No te inquietes, no es que hayamos vuelto á reanudar las hostilidades; Musette vino á mi casa á pasar su última noche de bohemia.

—¿Cómo?

—Se casa.

—¡Ah!—exclamó Rodolfo.—¿Y contra quién?

—Contra un administrador de correos que era el tutor de su último amante; un pillín, según parece. Musette le dijo: «Señor mío, antes de darle definitivamente mi mano y de ir á la alcaldía, quiero ocho días de libertad. He de arreglar mis asuntos, y quiero beber mi última copa de champaña, bailar mi última polka, y abrazar á mi amante Marcelo, que se ha vuelto todo un señor como los demás, según parece». Y durante ocho días, la simpática criatura me ha estado buscando, hasta que por fin compareció en casa en el momento preciso que estaba pensando en ella. ¡Ay! amigo mío, en suma, hemos pasado una noche

muy triste, no parecíamos nosotros absolutamente, pero absolutamente. ¡Eramos como una mala copia de una obra maestra! A propósito de esta última despedida he compuesto una corta lamentación que voy á gimotearte, si me lo permites. Y Marcelo se puso á cantar las coplas siguientes:

Volvió ayer la golondrina
De mi techo compañera
Mostrando que se avecina
La florida primavera.
Al mirarla, solitario,
Me acordaba, con dolor,
Que era el vivo calendario
De nuestro dichoso amor.

Tu memoria no está muerta,
No está muerta mi pasión,
Pues si llamas á mi puerta
Te abrirá mi corazón.
Ya que tiembla á tu conjuro
¡Musa de infidelidad!
Ven, comamos el pan duro
Bendito por la amistad.

Nuestros muebles, confidentes
De nuestro antiguo embeleso
Parece que sonrientes
Esperan ya tu regreso.
Ven y verás todo el mal
Que tu huida les causó;
Son la cama y el cristal
Donde tu labio bebió.

Te pondrás tu vestido
De fiesta, mi bella niña,
Y el domingo temprano
Saldremos á la campiña.
Y allí, bajo el emparrado
Volveremos á libar
El vinillo regalado
Que alegraba tu cantar.

Musette al fin me hizo caso,
Y pasado el carnaval,
Vino, cual ave de paso
A su ex nido conyugal.

Mas al besar á mi bella
Mi pecho no palpitó;
Y Musette, que ya no era ella,
Dijo que yo no era yo.

Adiós, deja este santuario
Que es ya sólo un ataúd
Donde yace el calendario
Que vió nuestra juventud.
Sólo hojeando en la memoria
Podamos tal vez hallar
Un recuerdo de la gloria
Que ya no hemos de gozar.

—¿Qué tal?—dijo Marcelo cuando hubo acabado—¿estás más tranquilo ahora? Mi amor por Musette está bien muerto, puesto que no falta ni siquiera el epitafio,—añadió irónicamente, mostrando el manuscrito de su canción.

—¡Pobre amigo mío!—dijo Rodolfo,—tu espíritu se bate en duelo con tu corazón; ¡cuidado que no lo mate!

—No hay peligro—respondió el pintor;—estamos listos, mi viejo amigo, y muertos y enterrados. ¡La juventud no vuelve! ¿Dónde comes esta tarde?

—Si quieres—dijo Rodolfo—iremos á comer por doce sueldos en nuestro antiguo restaurant de la calle del Horno, donde sirven en *fayence* de á cinco céntimos la pieza, y donde nos quedábamos con tanto apetito cuando habíamos acabado de comer.

—Por vida mía que no voy—replicó Marcelo.—Consiento en contemplar el pasado, pero á través de una botella de verdadero vino, y sentado en una buena butaca. ¿Qué quieres? Me he corrompido. ¡Ya no me gusta mas que lo bueno!



